

Notas provisionales para una construcción social de la viudedad¹

Provisional notes for a social construction of widow(er)hood

PEDRO SÁNCHEZ VERA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

Resumen

El artículo hace una aproximación a la realidad social objetiva y al estado de la cuestión de la viudedad en las personas mayores, y su construcción social en la vejez. Se analizan algunas de las limitaciones (económicas, funcionales, familiares, etc.) que acompañan la viudedad en la vejez, así como distintas estrategias de adaptación a esta nueva situación por parte de las personas mayores.

Palabras clave: viudedad, vejez, construcción social, dificultades, limitaciones, adaptación, estrategias, economía, vida familiar, redes.

Abstract

This article addresses both the objective social reality and the state of widowhood and widowerhood in the elderly, and its social construction during ageing. Some limitations are analysed (economic, functional, family, etc.) which are associated with becoming a widow/widower in the elderly, as well as different strategies for elderly people to adapt to this new situation.

Keywords: widowhood and widowerhood, elderly, social construction, difficulties, limitations, adaptation, strategies, economy, family life, networks.

¹ Este artículo es producto del Proyecto I+D+I del MEC: «Mayores y viudos», ref. SEJ2007-62565. En el mismo han participado junto al autor del artículo e IP del proyecto: la profesora María Teresa Algado Ferrer (UA), los profesores Felipe Centelles Bolos (UCLM), Juan López Doblas (UGR), y la becaria de FPU Beatriz Jiménez Roger. Una versión desarrollada de la investigación puede encontrarse en: Sánchez Vera, P. et al. (2009): *Viudedad y vejez (Estrategias de adaptación a la viudedad de las personas mayores en España)*, Nau Llibres, Valencia.

INTRODUCCIÓN

Vemos en este artículo algunas notas que nos ayuden a entender la construcción social de la persona viuda. Si la realidad se construye socialmente, y esta es construida en la vida cotidiana (Berger y Luckmann, 1968), fenómenos como la viudedad son un juego de objetividades (conceptos sociales) y subjetividades (autopercepción) que suponen una identidad y una segunda socialización para el sujeto.

Si analizamos la viudedad, nos encontramos un acontecimiento complejo, trágico, y generalmente inesperado, que incide especialmente en las personas mayores. Se trata pues, de uno de los grandes seísmos (Wallace, 2000) a los que se ve sometido el sujeto emparejado, teniendo efectos, en muchos casos, traumáticos, pues se trata de afrontar la muerte de un ser querido fuertemente entreverado en la personalidad individual. Cuando este acontecimiento deviene en la vejez, la situación se torna especialmente disruptiva para la cotidianeidad del sujeto mayor. No es menos cierto que en muchos casos, la viudedad es un accidente en la vida del sujeto que es fácilmente paliado a través de las muy abundantes redes sociales, y afectivas, que las sociedades modernas y flexibles presentan, y que incluso en algunos casos la viudedad puede ser percibida como una liberación por algunas personas que no han tenido vida propia. Es por esto que los estudios de vejez inciden en la importancia de la «vejez activa» y cómo esta contribuye a fortalecer la identidad del sujeto.

El asunto de la identidad del sujeto tras el enviudamiento es harto complejo. Tal como señalaban Alberdi y Escario (1990: 7) referido a la mujer viuda:

¿Qué ocurre cuando la situación de una mujer que se definía primordialmente por su vinculación personal, afectiva, civil y económica a un hombre queda alterada por el fallecimiento de este? ¿Cuándo comienza a definirse una mujer como individuo, una nueva trama de relaciones sociales?

A pesar de la proliferación de estudios sociológicos sobre vejez, el interés directo que esta disciplina ha dispensado a estudiar la viudedad es relativamente escaso, máxime si tenemos en consideración las importantes transformaciones que este acontecimiento genera en la persona mayor, que suele ver alterada su vida cotidiana, viéndose frecuentemente obligada a reajustar sus procesos y mecanismos de inserción social.

La proliferación y efervescencia de los estudios sobre vejez y envejecimiento de los últimos años han favorecido distintas aproximaciones a la problemática de la viudedad, a través de estudios e informes (IMSERSO,

2000 y 2002; SECOT, 1995 y 2001) o al abordar problemáticas diversas asociadas a la vejez. Los estudios sobre vejez en España han incidido en el asunto desde la perspectiva de la situación que acompaña a las personas mayores viudas, en general para dar entrada a la situación de soledad, de precariedad económica y de vulnerabilidad social a la que frecuentemente se enfrentan muchos sujetos tras la pérdida del cónyuge. Entre estos estudios merecen ser destacados los ya referidos informes del IMSERSO, así como los del Centro de Investigaciones Sociológicas de España (CIS) (Estudios 2117, 2072, 2224, 2291 y 2279). Con todo y con ello, quedan muchas lagunas de investigación en el caso de la viudez y más en concreto en el conocimiento de los distintos procesos y estrategias de adaptación a la viudedad que siguen los mayores en España.

Desde los trabajos preliminares de Alberdi y Escario (1988, 1990) –circunscritos a las mujeres viudas– y el más reciente referido a la viudedad en edades jóvenes (Houle y otros, 2001) y el de Spijker (2007) sobre trayectorias familiares tras la viudedad, apenas se ha estudiado la viudez en España de manera directa. En cualquier caso, y tal como hemos referido, han sido frecuentes las referencias a esta de manera indirecta, como, por ejemplo, las alusiones a la viudedad de distintos autores (Carrasco y otros, 1997; Flaquer, 1994; Fernández Cordón y Tobío, 1998; Moreno, 2000), a la hora de estudiar la situación y/o evolución de los hogares monoparentales (o «monomarentales»).

LA VIUDEZ Y SU MUNDO

La viudedad es, sin duda, uno de los acontecimientos vitales más dolorosos para una persona mayor. En general, se suele tratar de sujetos mayores, que han tenido una larga convivencia, con una diáfana división de roles de género y un alto nivel de implicación entre ambos, hasta el extremo de que sus personalidades se han entreverado. Así, la pérdida del cónyuge, además del quebrantamiento afectivo que supone, implica un incremento de la soledad y la incapacidad de realización de ciertas funciones importantes, que por supuesto varían en función del género del mayor viudo (Arber, Ginn y Davidson, 2003).

Tal como señalaban Alberdi y Escario (1990: 7), «la viudedad es una de las situaciones sociales en las que cambian más dramáticamente las circunstancias sociales del individuo: su posición social y en función de ello sus obligaciones y responsabilidades».

A la mayor longevidad femenina, hay que añadir el hecho de que en los momentos en que contrajeron matrimonio la brecha de edad de género era frecuentemente elevada, abundando matrimonios donde el varón tenía diez años más que la mujer en el momento del matrimonio. Este hecho es sin duda determinante en cuanto a las probabilidades objetivas: *a)* Del mayor número de mujeres viudas; *b)* Del mayor tiempo real de viudedad de estas, o lo que es lo mismo, con la creciente longevidad, el pasarse una parte importante de la vida en situación de viuda.

Es por esto, que en los estudios sobre la población mayor son frecuentes las perspectivas de género (Arber y Gynn, 1996), incidiéndose, en general, en la problemática de la mujer mayor viuda (Alberdi y Escario, 1988 y 1990), puesto que nos referimos a una población fundamentalmente femenina y con elevadas dosis de vulnerabilidad social. Estos estudios han surgido ante situaciones económicas que han venido marcadas por la precariedad y la dependencia del marido respecto a la pensión de jubilación. Sin embargo, falta un estudio global y actualizado sobre la situación de las personas mayores viudas en España en la que se integren tanto varones como mujeres. A pesar de que, en general, la situación de los viudos mayores se presenta menos vulnerable desde el punto de vista económico, las diferencias de género en la adscripción de roles dejan al varón mayor en situación de indefensión para afrontar la soledad residencial, al tener una mayor dependencia conyugal. Incluso la diferente esperanza de vida que muestran varones y mujeres de la misma edad tras el enviudamiento es un asunto cargado de contenido sociológico, tal como ha sido puesto de relieve por distintos especialistas (Kaprio, Koskenvuo y Rita, 1987: 283-287).

En algunos estudios sobre sociología de la muerte (tan ligados a los de viudedad), se ponen de relieve las diferentes actitudes ante la muerte en función del género. Sobre la experiencia de la impronta de la muerte en la mujer viuda, M.^a Ángeles Durán dice lo siguiente:

A las mujeres les afecta más la muerte porque no sólo tienen que encarar la suya propia, sino la de sus más próximos familiares y amigos. Son ellas quienes se ocupan principalmente de los enfermos y de los que van a morir, quienes les acompañan y cuidan durante la enfermedad, la vejez, la discapacidad y los momentos finales de la vida. Además, también les corresponden socialmente la mayor parte de las actividades relacionadas con los procesos de duelo post-mortem: el enterramiento, funerales y honras fúnebres, así como el mantenimiento del recuerdo y la memoria colectiva. (Durán, 2004: 13-14)

Esta misma autora, comentando las principales preocupaciones de las mayores y a propósito de las Encuestas del CIS n.º 2244 y 2279 de 1997 y 1998, comentaba lo siguiente:

Finalmente, no podemos dejar de subrayar que la respuesta «pérdida de amigos» aparece citada once veces más que la «pérdida de cónyuge». ¿A qué se debe? Quizá se deba a que no puede tenerse miedo o preocupación por lo que ya se ha producido, la situación de viudez; o porque el círculo de parientes y amigos incluye a tantas personas que el riesgo de perder a alguno de ellos es casi una certeza. En cualquier caso, este es un dato sorprendente que invita a la reflexión sobre los límites de la identidad y sobre el papel que el cónyuge y los amigos y demás familiares juegan en la definición de uno mismo y de la calidad de vida. (Durán, 2004: 18)

Otro ámbito frecuente de reflexión sobre la viudez ha sido el de la perspectiva del bienestar social, fundamentalmente en todo lo concerniente a la precariedad económica de las pensiones de viudedad (Paniagua, 1993; Pérez Díaz, 1996; Pérez Ortiz, 1996 y 1998; Salvador, 1997; Sánchez Vera y Bódalo, 2000; SECOT, 1995).

La perspectiva familiar de la vejez, incidiendo en sus aspectos de reciprocidad y solidaridad intergeneracional, debe ser estudiada en mayor medida, máxime si tomamos en consideración las crecientes limitaciones que presentan los estados del bienestar, la implicación entre vejez, protección social y dependencia y el gran abismo existente entre la relevancia social de la familia y la invisibilidad de las funciones familiares en la contabilidad nacional en las fuentes estadísticas oficiales (Durán, 2000).

Un fenómeno a considerar es el de la nueva viudedad, en la medida en que esta se asocia a las nuevas formas de familia. Cada vez es más frecuente entre los especialistas hablar de la soledad a la que, de manera creciente, se ven sometidos los mayores. Así, desde la perspectiva familiar, son frecuentes las reflexiones sobre el debilitamiento de la red familiar como ámbito de ejercicio de la solidaridad entre generaciones (Fukuyama, 2000). Un asunto que merece un interés creciente entre los expertos en sociología de la vejez es el que concierne a los distintos ámbitos de transición a los que se ven sometidos los mayores. Así, y a modo de ejemplo, son importantes la entrada en la viudez, la transición de la tercera a la cuarta edad o la pérdida de autonomía residencial (Bazo, 1991, 1992 *a* y *b*, 1996).

De otra parte, como consecuencia de las dificultades para encontrar trabajo por parte de los hijos, aparece la tendencia a postergar su abandono del hogar familiar. Esta circunstancia está incidiendo, en muchos casos, en el empobrecimiento de hogares cuyo cabeza de familia es un jubilado y

en no menos ocasiones una persona viuda. En numerosas ocasiones, este último tipo de hogares –monoparentales, generalmente– se ven sometidos a una manifiesta precariedad económica, cuando no empobrecimiento (Iglesias de Ussel, 1998). Así, algunos expertos señalan que, como consecuencia de las dificultades de los jóvenes para independizarse, se está produciendo un adelanto de la herencia que frecuentemente se produce tras el fallecimiento de uno de los cónyuges. Incluso se ha constatado la presencia de «herencias negativas» por el apoyo de los padres a los hijos y el descenso del valor de las pensiones, la descapitalización que hubieron de soportar para adelantar la transmisión del patrimonio, que puede restar independencia económica al sujeto mayor o quedar, incluso, a merced de la solidaridad filial (Iglesias de Ussel, 1998).

Otro aspecto, a todas luces interesante desde la óptica económica, es el del crecimiento del número de ancianos con cargas familiares. Aunque no tenemos muchas investigaciones al respecto, todo hace indicar que sobre algunos mayores viudos está recayendo una responsabilidad familiar importante que incluye la crianza de los nietos y, de forma creciente, el cuidado de sus propios progenitores de muy avanzada edad.

El asunto de la soledad es el gran tema de las sociedades modernas y particularmente de las envejecidas. El abordaje de este tema tiene múltiples ámbitos, pero, siendo como es un hecho objetivo, el sentimiento de soledad está relacionado con una gran variedad de acontecimientos, tales como los estilos de vida o el capital cultural. La soledad, tanto la real como el sentimiento de la misma (soledad subjetiva), que como hemos señalado en otros lugares están entreveradas (Sánchez Vera, 1993), afecta a muchos adultos mayores recién llegados a la viudedad y conlleva distintas estrategias de adaptación a la misma o ciertas patologías de salud física y mental que tienen su base en el insufrible sentimiento de soledad que soportan muchas personas mayores viudas. En el caso de los varones, algunos especialistas (Arber y Ginn, 1996) han puesto de relieve la desigual estrategia de género para conllevar la viudedad cuando esta va asociada a la soledad residencial, siendo particularmente el varón viudo el que peor es capaz de desenvolverse en esta situación (López Doblas, 2005).

A la hora de estudiar las distintas clases de soledad residencial en los mayores, se pueden establecer varios grupos:

El grupo más numeroso de mayores que forman parte de la vejez solitaria está compuesto por las personas viudas. En este grupo están, de un lado, los mayores que ingresaron en la soledad residencial tras perder a su cónyuge teniendo ya emancipados a todos sus hijos. Los sujetos que

enviudaron en edades cercanas a los 65 años o habiendo rebasado dicha edad tienen como rasgo característico el brusco tránsito que sufrieron desde la etapa de nido vacío a la soledad residencial, dándose la circunstancia de que, en la mayor parte de los casos, estas personas ya no cuentan con ascendientes vivos y tienen emancipados a todos los hijos. De otro lado están los que tuvieron una viudedad más prematura y se vieron al frente de un hogar monoparental en el caso de tener hijos. En este último caso, el acceso a la soledad residencial es producto de la emancipación del último de sus hijos (en el caso de que tuvieran varios). Esta circunstancia es cada vez más frecuente que se produzca después de los 65 años de edad.

Un segundo grupo lo forman las personas mayores que permanecen solteras. Dentro de este grupo estarían a su vez: los que acceden a la soledad al morir sus progenitores y los que ya tienen una experiencia dilatada de vida en solitario.

Un tercer y último grupo, de menor pero creciente alcance entre los mayores de España, en comparación con otros países europeos, lo constituyen los separados y divorciados que llegan a los 65 años residiendo solos.

A la hora de conocer los efectos no deseados de la viudedad, es un hecho constatado la falta de ilusión y de ganas de vivir que atenaza a muchos mayores al llegar a este estado. Es por esto que un indicador de interés para conocer el estado anímico de los mayores al llegar a la viudedad es el estudio de las tasas de suicidio de personas mayores viudas. Así, por ejemplo, el estado de viudedad aportó, en el año 2003, el 10% de los suicidas, porcentaje que es sensiblemente inferior al de los casados o solteros. En relación con su propia población, las probabilidades de suicidio de las personas viudas ocupa el segundo lugar después de los separados/divorciados con un 0,083 por mil. El comportamiento de las personas viudas en relación con el fenómeno del suicidio revela que los varones se suicidan más que las mujeres –tres suicidas varones por cada mujer suicida. La evolución de los datos del suicidio de viudos en los últimos veinticinco años indica un descenso importante, cuya explicación se encuentra en los cambios de mentalidad habidos en la sociedad española respecto de la «dependencia emocional y económica» de sus cónyuges, especialmente en el caso de las viudas. En cuanto a las edades, no se aprecian cambios importantes en los comportamientos fundamentales del suicidio, incluyendo la mayor incidencia del suicidio en las personas de 60 y más años de edad.

Entre los problemas de adaptación a la soledad de las personas mayores viudas se encuentra el que, en los últimos años de vida como pareja, hayan disfrutado de una alta satisfacción matrimonial. Son abundantes los estudios que defienden la teoría de que, desde una perspectiva cronológica en la vida de la pareja, la satisfacción matrimonial sigue una curva en forma de U: el matrimonio comienza con satisfacción elevada, decreciendo a medida que aparecen nuevas obligaciones y responsabilidades y, en los últimos años, al desaparecer las obligaciones laborales y paterno-filiales, el matrimonio vuelve a presentar una elevada satisfacción en ambos cónyuges. Por otra parte, encontramos autores que hablan de las dificultades de ajuste que se producen en el matrimonio tras la jubilación, en parte relacionadas con la feminización en el uso del tiempo por parte de los varones jubilados. La pérdida del cónyuge no tiene sólo un significado personal y afectivo, sino que supone un giro en las redes sociales que el individuo mantiene, alterándose cuando se modifica la unidad familiar por la pérdida de uno de sus miembros. Con el paso del tiempo y sobre todo en la vejez, se viven algunas experiencias especialmente duras que suponen una ruptura con su vida anterior. Son vivencias que pueden tener graves consecuencias emocionales para quien pasa por ellas (depresión, soledad, pérdida de la autoestima, etc.). La muerte del cónyuge es el acontecimiento más traumático por el que pasan las personas mayores. Cuanto más unida está la pareja, mayor será el impacto emocional de la muerte de uno de ellos, sin que la presencia de otras personas alivie los sentimientos de soledad y tristeza.

Un asunto muy referido entre los especialistas es el del incremento de las relaciones familiares tras la viudedad. En el caso de la mujer viuda, es frecuente el repliegue hacia la vida familiar, volcándose con los hijos y nietos (Bazo, 1991 y 1993; Treas, 1977). Las relaciones entre hermanos adultos no es un hecho que goce del interés de los sociólogos pero, sin embargo, en el caso de los mayores solos, merecería ser abordado con más atención ya que, aunque durante la niñez y la adolescencia los contactos entre hermanos son frecuentes por la obligada convivencia en el hogar, a partir del matrimonio y la entrada en el trabajo, estos contactos se ven distanciados. En la madurez y la ancianidad, se produce una mayor unión por razones diversas, bien sea porque disponen de más tiempo, porque se apoyan más entre ellos o, simplemente, porque deben resolver problemas comunes tales como el patrimonio o el cuidado de algún progenitor. La jubilación y sobre todo la viudedad acercan de nuevo a los hermanos (Rosenmayr y Koekeis, 1963). En este caso, las diferencias de género son importantes, pues suelen ser las hermanas las que se ocupan más

de los padres y de los hermanos viudos. Con todo, mientras en el pasado era frecuente la existencia de una hermana soltera que se dedicaba casi en exclusiva al cuidado de sus padres mayores, en la sociedad moderna, con una alta ocupación de la mujer, se buscan sistemas externos o nuevas formulas para potenciar la participación de la familia y de los hermanos en el cuidado de los ancianos.

Referido al mayor acercamiento de la persona mayor viuda a la familia, es posible que la disponibilidad de tiempo y la necesidad de llenarlo afectivamente tras la viudedad haya tenido unos efectos muy valiosos e incommensurables en las familias españolas ya que, entre otras cosas, se produce un reforzamiento del rol de abuelo/a que favorece las relaciones familiares y satisface la vida del mayor viudo. Este hecho es relativamente desconocido en España pero de indudable trascendencia (Iglesias de Ussel, 1996: 35).

La cuestión del equilibrio emocional que proporciona al mayor permanecer en el seno de la familia ante situaciones adversas hay que tomarla en cuenta. La atención personal que se produce en el seno de la familia (frente a la que dispensan las instituciones), al igual que el papel identitario que proporciona la familia para el sujeto mayor, son factores que no pueden pasar desapercibidos. Como señala Pastor Ramos (2002: 323-324):

Hay sucesos dramáticos en la vida que pueden romper la continuidad existencial y desintegrar la unidad del yo. Uno de esos sucesos es el encontrarse de pronto solo, después de que hayan muerto alrededor la propia esposa/o y los demás parientes. Cuando una persona ya no puede relacionarse en esta vida con ningún familiar y sólo con amigos, compañeros, asistentes sociales o profesionales, es como si accediera a una existencia distinta, en la que el propio pasado histórico resulta ininteligible para todos los interlocutores. Pues bien, es el contexto familiar el que proporciona al anciano, sobre todo al viudo, un soportable sentido de la continuidad vital entre su feliz pasado, su amargo presente y su incierto futuro.

La viudedad, por tanto, es un acontecimiento de gran incidencia en la vida del mayor, no sólo por la merma de las condiciones funcionales que supone, sino, sobre todo, por la merma de un apoyo afectivo, funcional y generalmente también económico. Así, la soledad y la vulnerabilidad o fragilidad económica van a ser factores altamente determinantes en la caracterización de la viudedad en la vejez.

No es de extrañar, pues, que los hijos suelen convertirse en un sistema supletorio de apoyo afectivo –y a veces económico– para el mayor que accede a esta situación (Pastor Ramos, 2002: 322). Los estudios de Sociología de la Vejez, desde los más clásicos (Morgan, 1976: 687-695) a los más actuales (Bazo, 2002), revelan, como hemos dicho más arriba, que la fami-

lia era el más importante componente de bienestar psíquico y de satisfacción en los mayores solitarios.

De igual manera, un asunto abordado entre los expertos es el de las diferentes estrategias con que las personas mayores viudas afrontan su nueva situación de soledad, en función de su realidad social objetiva (género, situación familiar y económica, edad y estado de salud, principalmente) y de sus actitudes sociales (vejez activa). Entre las estrategias más referidas, nos encontramos las siguientes:

1. la aceptación de la viudedad ante la necesidad de continuar con la vida propia (Iglesias de Ussel, 2001),
2. el establecimiento de relaciones a través de visitas, viajes y contactos sociales, principalmente con la familia (Rosenmayr y Koekeis, 1963),
3. el consumo de medios de comunicación (Sánchez Vera, 2001) y
4. el recurso a la religión (IMSERSO, 2002).

Por otra parte, una manera de adaptarse y de superar muchos de los problemas devenidos de la viudedad en las personas mayores es el restablecimiento de relaciones sociales autónomas que, en muchos casos, pueden producir la cristalización de relaciones afectivas y amorosas con personas de otro género; asunto del que nos hemos ocupado en otros lugares (Sánchez Vera y Bote, 2006 y 2007).

Aunque tradicionalmente ha habido en nuestras sociedades una visión edadista sobre la vejez que ha llevado a no considerar adecuado, a partir de ciertas edades y estados civiles, mantener relaciones de amor y sexo con personas de otro género, el nuevo matrimonio o el mantenimiento de relaciones de noviazgo es un fenómeno que debe ser tomado en consideración como una estrategia para la viudedad, hecho que sin duda irá cobrando más cuerpo en el futuro.

Sin embargo, el alcance objetivo de esta nupcialidad es muy bajo, por lo que aún no se puede hablar de una estrategia ante la viudedad. En un trabajo referido a España (Sánchez Vera y Bote, 2007), se pone de relieve cómo las relaciones sentimentales y/o matrimoniales están escasamente arraigadas entre las personas mayores, tal como lo atestigua el hecho de que tan sólo un 3,3% haya iniciado una relación después de los sesenta y cinco años, a pesar de lo cual más de la mitad afirman conocer a alguien que una vez cumplidos los 65 años ha entablado una relación afectiva. En cualquier caso, el número de matrimonios en los que intervienen personas de 65 años o más es residual (en torno al 1%). Cabe decir, con todo, que el tema de las relaciones afectivas y amorosas entre personas mayo-

res ha sido escasamente abordado por la sociología o, a lo más, ha sido tratado con cierta distancia como si de un asunto menor se tratara. Askham (1996) señala la escasez de estas investigaciones, tanto en el ámbito anglosajón como norteamericano, donde lo más que se encuentra es alguna breve referencia a estudios sobre satisfacción conyugal o reparto de tareas domésticas en matrimonios ancianos.

Otro problema por el que recientemente se ha interesado la sociología de la familia y de la vejez es la necesidad de comprender las diferentes implicaciones de la viudedad en función del género, ya que los efectos son bien diferentes entre hombres y mujeres. De otra parte, aparecen nuevas formas de relación entre mayores de diferente sexo –de las que nos hemos ocupado en otros lugares (Sánchez Vera y Bote, 2007)–, como es el «vivir juntos pero separados» –*living apart together*–, hecho que tal como señalan algunos especialistas se hace extensivo a personas mayores del mismo sexo (Arber, Ginn y Davidson, 2003).

Tal como señalamos en una investigación anterior (Sánchez Vera y Bote, 2007), la posibilidad de entablar una nueva relación amorosa aparece como una estrategia activa (*coping strategy*) para enfrentarse a la situación de soledad que deviene tras la viudez y que suele producirse tras haber superado la primera fase de dolor y luto, estrategia que, en lo personal, tiene unos efectos muy beneficiosos en la calidad de vida del mayor (Utz y otros, 2002).

Por otra parte, sorprende la escasa incidencia de este fenómeno entre los mayores, bien sea a través del matrimonio o del *living apart together*, siendo dominante la proporción de mayores viudos que prefieren continuar viviendo solos. Este hecho puede deberse, en unos casos, a la naturaleza idealizada de las relaciones anteriores, o bien a que no fueron especialmente gratificantes por diversas razones: requerimiento de especial cuidado por enfermedad u otras más ligadas a la convivencia y a la vida conyugal. En cualquier caso, es frecuente encontrar una cierta distancia entre los mayores viudos al hecho de tener una nueva relación afectiva aun a pesar de que en términos generales y conceptuales este hecho les parezca bien «para otros». De esta manera, entre las personas mayores viudas, suele darse el hecho de que no desean renunciar a su nueva independencia, a pesar de que tengan episodios de soledad, dándose por satisfechos con su relación anterior, hecho que igualmente ha sido reseñado por otros especialistas (De Jong Gierveld, 2002). En este asunto, también las diferencias de género son extremadamente importantes, pues la mayor dificultad del varón para afrontar las tareas funcionales y la vida en soledad les conduce –en mucha mayor medida que a la mujer mayor viuda

que se desenvuelve mucho mejor al llegar a la viudedad— a buscar estrategias más activas de compañía, asunto este del que se han ocupado muy variados especialistas (Lopata, 1996; Davidson, 2001; Stevens, 2002; Iglesias de Ussel, López Doblas y otros, 2001).

La socióloga estadounidense María Talbott llevó a cabo durante la década de los noventa un estudio de alcance medio (algo más de sesenta entrevistas) sobre actitudes de viudas de edad avanzada hacia los hombres y el segundo matrimonio (Talbott, 1998). Para ello, Talbott consideró diversos aspectos de gran relevancia para conocer qué factores influían en la conformación de dichas actitudes, tales como las características de su primer matrimonio, la salud o el estado económico. De esta forma, se estaba conociendo la dimensión social de un aspecto que hasta entonces sólo había interesado desde la perspectiva clínica de la posibilidad sexual, que aún sigue siendo mayoritaria en el ámbito de la investigación (Bulcroft y Bulcroft, 1991; Bulcroft y O'Connor, 1986; McElhany, 1992; Steitz y Walker, 1990).

El estudio de Talbott hace hincapié en la escasez de investigaciones sobre el tema en el ámbito de la gerontología social, destacando sobre todo la existencia de una gran heterogeneidad en la sexualidad de los mayores cuyos factores son desconocidos. Hasta el momento desconocemos qué clase de personas y en qué circunstancias tienen interés y actividad relacional con personas del otro género. La autora desglosa en varias categorías las posibles influencias o circunstancias que determinan las conductas afectivo-relacionales de los mayores: generacionales (cohorte), personales y biológicas. De esta manera, Talbott obtiene una serie de conclusiones interesantes sobre las mujeres mayores y sus actitudes hacia las relaciones amorosas, que podemos llamar los postulados de Talbott:

- a) Las viudas que se han casado más de una vez están más interesadas en el segundo matrimonio que las que sólo lo han estado una vez, si bien esta actitud no se materializa en una conducta que conduzca a dichas mujeres a un mayor número de citas con hombres (Bulcroft y Bulcroft, 1991).
- b) Las mujeres cuyos matrimonios han sido más largos están menos interesadas que aquellas cuyos matrimonios han tenido una duración menor.
- c) Las mujeres cuyos matrimonios han sido satisfactorios se encuentran más interesadas en volver a casarse que aquellas que han pasado por experiencias desagradables o insatisfactorias. No obstante, aquí se ha descubierto una relación curvilínea en forma de *u* invertida, de mane-

ra que en ambos extremos (matrimonios muy satisfactorios, matrimonios nada satisfactorios) encontramos los grados más bajos de interés por los hombres, mientras que aquellas personas que han pasado por matrimonios de satisfacción media se encuentran en mayor medida atraídas por la posibilidad de iniciar nuevas relaciones.

- d) Las mujeres con mayor grado de actividad presentan mayores niveles de atracción por los hombres: aquellas que conducen o trabajan muestran más deseo de iniciar relaciones con hombres que quienes no lo hacen.
- e) Las viudas que experimentan épocas de duelo y fuertes depresiones con frecuencia se muestran menos interesadas que aquellas que superan con mayor estabilidad emocional la pérdida de su marido (Sosa, 1994).
- f) Quienes prestaron cuidados a su marido en sus últimos días se encuentran menos interesadas por los hombres que quienes no lo hicieron. A pesar de todo, mientras que en España el prestar cuidado a una persona mayor es una razón para no volver a casarse (Alberdi y Escario, 1988), en Estados Unidos es una de las razones para volver a hacerlo, lo que muestra la fuerte interiorización del rol de cuidadoras dado por la sociedad a las mujeres.
- g) Quienes gozan de buen estado financiero muestran menor necesidad de iniciar relaciones que aquellas con apuros económicos.
- h) Las mujeres de más edad y con peor estado de salud muestran menos interés que las más jóvenes y con mejor salud.

Talbott señala, como conclusiones generales, el escaso porcentaje de mujeres que volverían a casarse, mostrándose el 79% de su muestra opuesta al segundo matrimonio, encontrándose a favor tan sólo el 15% de la misma, cifra que coincide con el 14% de mujeres de la muestra que mantenían una relación seria con un hombre en el momento en que fueron realizadas las entrevistas. Como causas de la falta de interés, la autora señala dos fundamentales:

- a) La escasez de hombres interesantes (debido a la incidencia de la mortalidad de forma diferencial según género).
- b) La idealización del marido, lo que constituye un obstáculo a la hora de encontrar una persona capaz de acoplarse al modo de vida establecido años atrás.

Otro asunto particularmente relevante es la desigual estrategia que se establece ante la viudedad entre los medios rurales y urbanos. Tal como señalan distintos especialistas en la materia (García Sanz, 1998), la viudedad en el medio rural tiene unas características diferenciales. Entre estas se encuentra el sobre-envejecimiento de las zonas rurales, lo que conlleva un mayor porcentaje de personas mayores viudas que, a la vez, se encuentran más envejecidas y con mayores dependencias físicas que en los medios urbanos (a partir de los 80 años se nota un más elevado efectivo de las cohortes de personas mayores viudas en las zonas rurales), así como con unos menores recursos de apoyo social. La incidencia de la discapacidad añadida que conlleva la sobre-edad afecta, por tanto, en una mayor proporción a los medios rurales que a los urbanos.

Por otra parte, desde el punto de vista económico, y tal como se ha puesto de manifiesto en distintos informes de la Unión Europea y de España (García Sanz, 2003), la renta de las personas mayores viudas en los medios rurales es sensiblemente inferior a la de sus homólogos en los medios urbanos. Distintos trabajos han puesto también de relieve que, a pesar de la menor renta, los mayores de medios rurales gastan menos y ahorran más (García Sanz, 1998; Sánchez Vera, 2001). Otro factor importante de la viudedad en el medio rural es una elevada –aunque relativa– masculinización de la viudez. Es importante matizar que, si bien la viudez está generalmente feminizada, esta feminización es sensiblemente menor en los medios rurales.

Desde el punto de vista ideológico, y a la hora de analizar la vejez activa, la relación entre tamaño de hábitat y edad tiende a presentar un perfil ideológico del mayor algo más conservador que el de su homólogo urbano, tal como hemos señalado en otros lugares, si bien es difícil deslindar este hecho de otras variables tales como el género o el nivel de instrucción (Sánchez Vera y Bódalo, 2000).

Desde la perspectiva económica, la viudedad suele repercutir en la movilidad social descendente del mayor, aunque no necesariamente tiene que ser así. De los dos millones aproximadamente de personas mayores viudas en España, la mayoría son mujeres. La situación de la mujer viuda es especial ya que existe un proceso contrastado de adaptación a la viudedad dedicándose a la esfera familiar. No es de extrañar que abunden las reflexiones sobre cómo esta predisposición de la mujer viuda a volcarse con los hijos y los nietos es utilizada frecuentemente por estos para tener una «cuidadora siempre disponible y gratis».

No cabe duda de que un aspecto de importancia en la vida de la persona mayor viuda es todo lo relacionado con el proceso de adaptación a

su situación económica pues, como es sabido, con la viudedad, al igual que ocurre con la jubilación, suele haber una contracción en la situación económica, a la que necesariamente deben adaptarse. En los muy abundantes trabajos sobre la pobreza de los mayores en España (Alfageme, 2000; Paniagua, 1993), sobre sus necesidades (Pérez Ortiz, 1998), sobre su calidad de vida (Sáez Méndez, 1997), sobre el bienestar (Moragas, 1981 y 1991) y/o sobre su situación económica en general (Cano Lozano, 1990; Sánchez Vera, 2000), sobre la situación económica de colectivos concretos como es el caso de las viudas (Salvador, 1997; Bleda, Centelles y Uña, 1998) o de los mayores en el medio rural (Paniagua, 1997; García Sanz, 1997), son frecuentes las referencias a la viudedad como causa de empobrecimiento.

La merma de poder adquisitivo tras el enviudamiento es muy diferente según el género. Así, diferentes estudios referidos a España han puesto de relieve cómo la pérdida del cónyuge conlleva un descenso del 22% para los hombres y del 44% para las mujeres. Esta diferencia es debida, fundamentalmente, a que la generación de mujeres mayores raramente ha trabajado fuera del hogar y son subsidiarias de pensiones no contributivas (de cada nueve viudos que reciben ingresos de la pensión de jubilación, sólo 2,9 son mujeres). Según la legislación española, la pensión de viudedad se calcula aplicando el 52% a la base reguladora del sueldo o de la pensión del cónyuge, cuando la necesidad suele reclamar que ese cálculo se realice al menos sobre el 80%. La pensión media de viudedad en España ronda los 600 euros.

También se da la circunstancia, en algunos casos, de que la mujer mayor viuda se deje asesorar por los hijos que, con frecuencia, «intervienen» en la gestión del patrimonio y de las cuentas bancarias. Si algo falta a los mayores españoles, a diferencia de sus homólogos europeos, es autonomía y libertad en la gestión de su patrimonio. Sería deseable una mayor autonomía de nuestros mayores y una cierta «desvinculación» simbólica de sus hijos que les permitiera vivir con un mayor grado de autonomía en todos los ámbitos de su vida, incluidas, claro está, las decisiones económicas. En cualquier caso, y aun no interviniendo directamente, sí que hay una preocupación –que suele ser común– por que los hijos aparezcan en todas las libretas de ahorro y cuentas bancarias de la madre.

Sin embargo, poco a poco se va observando una mayor autonomía en el poder de decisión de la mujer viuda sobre su patrimonio y su dinero. Concurren en esta circunstancia variables generacionales, pero también otras referidas al cambio social y a los efectos que la cultura económica ejerce en la sociedad, incluso dándose la circunstancia de que sorprende

la audacia con que algunas mujeres mayores se dirigen en el terreno de la toma decisiones económicas una vez que se han visto desligadas de ciertas ataduras conyugales (Sánchez Vera, 1992).

Un factor escasamente estudiado y de gran importancia es la herencia y el proceso seguido por esta tras el enviudamiento. Las dificultades que la herencia puede generar con la familia política en algunos casos y en la distribución de la misma a los hijos (de haberlos) son algunos fenómenos que deberían ser tomados más en consideración. Según esto, muchos mayores preferirían no decidir el reparto de la herencia hasta los últimos días de su vida, y siempre en función del trato dispensado por sus hijos, familiares o personas más allegadas, estando este asunto íntimamente relacionado con el reparto de la carga en el cuidado y con el lugar de residencia del mayor.

En cuanto a los procesos de adaptación a la viudedad, la familia –principalmente la propia y en mucha menor medida la política– va a aparecer como un punto básico de apoyo en tales procesos. La mujer mayor viuda, en general, va a estar más volcada con la red familiar que el varón, por lo cual los apoyos recíprocos se van a ver intensificados tras la viudez. El volcarse con los nietos y con los hijos o el intensificar la relación con hermanos u otros familiares va a resultar un atenuante de primer nivel en la adaptación a la viudedad. En otros lugares nos hemos ocupado de este intercambio en la red familiar (Sánchez Vera y Bote, 2008). El varón, en general, va a mantener una vida más independiente y despegada de los hijos y familiares (al haber estado tradicionalmente más volcado que la mujer hacia actividades laborales y de amistad).

Si bien las redes sociales se producen dentro de un contexto amplio, estas tienden a verse alteradas con la viudedad, y tanto viudas como viudos sufren modificaciones en las relaciones con los amigos después la pérdida del cónyuge (Morgan y March, 1992; Pérez Ortiz, 2006). Así, las amistades que se articulan en torno a la pareja –conocido como *couple companionate friendships*– se suelen ver más alteradas en el caso de la mujer, siendo frecuente que tras la viudedad los amigos casados de ambos acaben distanciándose por falta de trato o, sencillamente, porque la mujer viuda se siente desplazada, entre otras cosas, por tener unos hábitos de vida cotidiana –o si queremos unos «estilos de vida» (Andrés Orizo, 1991)– o unos intereses diferentes (Lopata, 1996). Pese a todo, el papel de los amigos favorece el proceso de adaptación a la viudedad (Lamme y otros, 1996), extremo este que ya habían llamado la atención de Alberdi y Escario (1988).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, I. y P. ESCARIO (1988): *Estudio sociológico de las viudas en España*, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- (1990): *La situación social de las viudas en España. Aspectos cuantitativos*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- ALFAGEME, A. (2000): «Algunas desigualdades en el envejecer de los ancianos españoles de los años noventa», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 92.
- ANDRÉS ORIZO, F. (1991): *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta Europea de Valores*, Fundación Santamaría, Madrid.
- ARBER, S. y J. GINN (1996): *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Narcea, Madrid.
- ARBER, S.; GINN, J. y K. DAVIDSON (2003): *Gender and ageing. Changing roles and relationships*, Open University Press-McGraw-Hill, Maidenhead.
- ASKHAM, J. (1996): «Vida matrimonial de las personas mayores», en ARBER, S. y GINN, J. (1996).
- BAZO, M. T. (1991): «La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 1, pp. 47-52.
- (1992a): *La ancianidad del futuro*: Fundación Caja Madrid-SG editores, Madrid.
- (1992b): «La nueva sociología de la vejez», *Reis*, 60.
- (1993): «Mujer ancianidad y sociedad», *Revista Española de Geriatría y Gerontología*, 28, 1.
- (1996): «Aportaciones de las personas mayores a la sociedad», *Reis*, 73.
- (2002): *Jubilación y vejez*, Nau Llibres, Valencia.
- (2005): «Consecuencias del envejecimiento en la sociedad española actual», *Panorama Social*, 1, pp. 48-57, Fundación de Cajas de Ahorro, Madrid.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. (1968): *La Construcción Social de la Realidad*, Amorrorrtu, Madrid.
- BLEDA, J. M., CENTELLES, F. y O. UNA (1998): *Indicadores poblacionales, laborales y económicos de las mujeres viudas en Castilla-La Mancha*, VI Congreso Español de sociología. G.25, A Coruña.
- BULCROFT, K. y O'CONNOR, M. (1986): «The importance of Dating Relationships on Quality on Life for Older Persons», *Family Relations*, 35, pp. 397-401.

- BULCROFT, R. A. y BULCROFT, K. A. (1991): «The Nature and Functions of Dating in Later Life», *Research on Aging*, 13, pp. 244-260.
- CANO LOZANO, S. (1990): *La vejez: integración y exilio. Estudio sociológico en el municipio de Gijón*, Ayuntamiento de Gijón.
- CARRASCO, A. y otros (1997): «Situación de las mujeres en familias monoparentales y unipersonales: un análisis de casos», en CARRASCO, A. y otros (EDS.): *Mujeres, trabajos y políticas sociales: una aproximación al caso español*, Ministerio de Trabajo y Asuntos sociales, Instituto de la Mujer, Madrid, pp. 201-213.
- CIS: Estudios 2117, 2072, 2224, 2291 y 2279, CIS, Madrid.
- DAVIDSON, K. (2001): «Late life widowhood, selfishness and new partnership choices: a gendered perspective», *Ageing and Society*, 21, pp. 297-317.
- DE JONG GIEERVELD, J. (2002): «The dilemma of repartnering: Considerations of older men and women entering new intimate relationships in later life», *Ageing International*, 27 (4), pp. 61-78.
- DURÁN, M. A. (2000): *alternativas metodológicas*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- (2004): «La calidad de muerte como componente de la calidad de vida», *Reis*, 106.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. y C. TOBÍO (1998): «Las familias monoparentales en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 83, pp. 51-85.
- FLAQUER, L. (1994): «Las familias monoparentales en España y en Europa: Dinámica interna», *Actas del Simposium Internacional sobre la figura del padre en las familias de las sociedades desarrolladas*, Gobierno de Canarias, Las Palmas.
- FUKUYAMA, F. (2000): *La gran ruptura: naturaleza humana y reconstrucción del orden social*, Ediciones B, Barcelona.
- GARCÍA SANZ, B. (1997): *Envejecimiento en el mundo rural: problemas y soluciones*, IMSERSO, Madrid.
- (1998): «Los mayores en el mundo rural», *Rev. Documentación*, 112.
- (2003): *Sociedad rural y desarrollo*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- HOULE, R.; SOLSONA, M.; TREVINO R. (2001): *Divorcio y trayectorias familiares post-ruptura ¿un fenómeno nuevo?*, Centre d'Estudis Demogràfics, Barcelona.
- IGLESIAS DE USSEL, J. (1996): «Cambios recientes en la familia española», *Sociedad y Utopía*, 7.
- (1998): *La familia y el cambio político en España*, Tecnos, Madrid.

- (2001): «Cien años de Sociología de la familia en España: pasado, presente y futuro», en DEL CAMPO, S. (Ed.): *Perfil de la Sociología española*, Catarata, Madrid.
- , J., LÓPEZ DOBLAS, J. y otros (2001): *La soledad en las personas mayores. Influencias personales, familiares y sociales. Análisis cualitativo*, IMSERSO, Madrid.
- IMSERSO (2000): *Las personas mayores en España. Informe 2000*, IMSERSO, Madrid.
- (2002): *Envejecer en España. Informe 2002*, IMSERSO, Madrid.
- (2004): *Las personas mayores en España. Informe 2004*, IMSERSO, Madrid.
- KAPRIO, J., KOSKENVUO, M. y H. RITA. (1987): «Mortality after bereavement: A prospective study of 95,647 widowed persons», *American Journal of Public Health*, 77.
- LAMME, S. y otros (1996): «Rebuilding the network: New relationships in widowhood», *Personal Relationships*, 3, pp. 337-349.
- LOPATA, H. Z. (1996): *Current widowhood: Myths & realities*, Sage, Thousand Oaks.
- LÓPEZ DOBLAS, J. (2005): *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*, IMSERSO, Madrid.
- MEIL LANDWERLIN, G. (2002): «La otra cara del desafío demográfico a la protección social: Los desafíos derivados del cambio familiar», *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 36, pp. 95-115.
- MC ELHANY, L. L. (1992): «Dating and Courtship in the Later Years: A Neglected Topic of Research», *Generations*, 17 (3), pp. 21-23.
- MORAGAS, R. (1981): «Bienestar social del anciano», en DEL CAMPO, S. y otros: *Gerontología Social*, IMSERSO, Madrid.
- (1991): *Gerontología Social*, Herder, Barcelona.
- MORENO, A. (2000): «Las familias monoparentales en España», *Revista Internacional de Sociología*, 26, pp. 39-63.
- MORGAN D. L. y S. J. MARCH (1992): «The Impact of Life Events on Networks of Personal Relationships: A Comparison of Widowhood and Caring for a Spouse with Alzheimer's Disease», *Journal of Social and Personal Relationships*, 9, pp. 563-584.
- MORGAN, L. A. (1976): «A reexamination on widowhood and moral», *Journal of Gerontology*, 6.
- PANIAGUA, A. (1993): «Consideraciones sobre el concepto de pobreza aplicado a los ancianos», *Revista Española de geriatría y gerontología*, 28, 1, pp. 12-17.

- (1997): «Agricultores jóvenes y comunidades rurales de ancianos: Un análisis municipal en Castilla-León», *Estudios Regionales*, 49, pp. 87-112.
- PASTOR RAMOS, G. (2002): *La familia en España. Sociología de un cambio*, Sígueme, Salamanca.
- PÉREZ DÍAZ, J. (1996): *La situación social de la vejez en España a partir de una perspectiva demográfica*, Fundación Caja de Madrid, SG Editores, Barcelona.
- PÉREZ ORTIZ, L. (1996): *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*, IMSERSO, Madrid.
- (1998): *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- (2006): *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*, IMSERSO, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- ROSENMAYR L. y E. KOEKEIS (1963): «Marriage, family and friendships», en WILLIAMSON, J. B.: *Aging and Society: An Introduction to Social Gerontology*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York.
- SÁEZ MÉNDEZ, H. (1997): *Calidad de vida de las personas mayores en Andalucía*, Instituto Andaluz de Servicios Sociales, Junta de Andalucía, Sevilla.
- SALVADOR, C. (1997): «La protección de la mujer en la vejez: La pensión de viudedad», *Información comercial Española*, 760, pp. 89-103.
- SÁNCHEZ VERA, P. (1992): «Bases y fundamentos para una aproximación sociológica a la vejez», *Papers. Revista de Sociología*, 40, pp. 99-120.
- (1993): «Tercera y Cuarta Edad en España desde la perspectiva de los hogares», *Reis*, 73.
- (2000): «Sociología de la Vejez versus Economía de la Vejez», *Papers. Revista de Sociología*, 61, pp. 39-88.
- (2001): «Consumo y efecto de los medios de comunicación en los mayores», *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 4, pp. 159-194.
- y E. BÓDALO (2000): «Presencia y ausencia de los mayores en la publicidad televisiva», *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 25, pp. 19-45.
- y M. BOTE (2006): «Attitudes of the old people in Spain towards new marriage», *RBCEH Revista Brasileira de Ciências do envelhecimento humano*, V, 3, 2, pp. 22-34 (<http://www.upf.br/seer/index.php/rbceh/article/view/85/81>)
- (2007): *Los mayores y el amor. Una perspectiva sociológica*, Nau Llibres, Valencia.

- (2008): «Redes sociales y familia em Espana. Consistencia y debilidades», *Portularia. Revista de Trabajo Social*, vol. VIII, 1, pp. 197-213.
- SECOT (1995): *Las actividades económicas de las personas mayores*, Seniors Españoles para la Cooperación Técnica, Madrid.
- (2001): *Los mayores activos*, Seniors Españoles para la Cooperación Técnica, Madrid.
- SOSA, C. D. (1994): «Duelo, soledad y depresión en la vejez», en BUENDÍA, J. (COMP.): *Envejecimiento y psicología de la salud*, Siglo XXI, Madrid.
- SPIJKER, J. (2007): *Trayectorias familiares después de la viudedad en España. Marco teórico y factores determinantes*, Centre d'Estudis Demogràfics, Barcelona.
- STEITZ J. A. y K. G. WALKER (1990): «Remarriage in Late Life: A Critique and Review of the Literature», *Journal of Women and Aging*, 2, 4, pp. 81-90.
- STEVENS, N. (2002): «Re-engaging: New partnerships in late-life widowhood», *Ageing Internacional*, 27 (4), pp. 27-42.
- TALBOTT, M. M. (1998): «Older windows attitudes towards men and remarriage», *Journal of Aging Studies*, vol. 2, 4.
- TREAS, J. (1977): «Family Support Systems for the Aged: Some Social and Demographic Considerations», *The Gerontologist*, 17, 6, pp. 486-491.
- WALLACE, P. (2000): *El seísmo demográfico*, Alianza, Siglo XXI, Madrid.
- UTZ, CARR, NESSE y WORTMAN (2002): «The Effect of Widowhood on Older Adults' Social Participation: An Evaluation of Activity, Disengagement, and Continuity Theories», *The Gerontologist*, 24, 3.

Recibido el 31 de marzo de 2009

Aceptado el 30 de abril de 2009